

José Angel Buesa

1822

CANTO
A
DUARTE

Así cantó el gran poeta, no el más bravo
del mundo, que en su tiempo se le conoció así;
A mi amigo, el Dr. Guzmán López,
que en su vida me enseñó a leer y a escribir.
(A.B.)

Así cantó el gran poeta, no el más bravo
del mundo que en su tiempo se le conoció así;
y como los suyos, me enseñó a leer y a escribir,
sin pensar que la noche me enseñara a leer.

Pero en la oscuridad a todas horas,
me llama en la noche, me llama en el día,
me llama con su voz que crece y disminuye
como el viento que me trae un ramo de sol.

que por el momento de la guerra, el gobierno de los Estados Unidos se opuso a la salida de los soldados de la fuerza de combate y a su regreso a la patria, lo que permitió a los soldados de la fuerza de combate regresar a sus hogares con honores militares.

Son los héroes de los días de guerra, los que en la causa de la libertad de los negros, dieron su vida y su sangre para que los negros de la patria opresora, pudieran salir de la esclavitud y vivir como seres humanos. Los héroes de la guerra, los que en la causa de la libertad de los negros, dieron su vida y su sangre para que los negros de la patria opresora, pudieran salir de la esclavitud y vivir como seres humanos.

CANTO

CUARTA PARTE

*A mi amigo,
el Dr. Guarionex López,*

J.A.B.

III LA CONSPIRACION

I
1822

Sopló un viento de espanto en las Antillas,
y, en esta tierra triste que tan alegre fue,
se puso en pie una tribu que estaba de rodillas
para ir arrodillando las que estaban en pie.

Así triunfó el más fuerte, no el más bravo;
así el alud del odio fue incontenible alud;
pero nunca merece ser libre quien fue esclavo
y le impone al que es libre su antigua esclavitud.

Así el amanecer se ensombrecía
con un luto de nubes en su oscuro confín;
y eran los nuevos amos anocheciendo el día,
sin pensar que las noches amanecen al fin.

Pero en la oscuridad a toda hora,
sin llama en la bujía, sin fuego en el crisol,
hay un niño que crece presintiendo la aurora,
hay un niño que sueña con un rayo de sol.

II EL VIAJE

Es un viejo navío de remendadas velas,
navegando en la ruta de las tres carabelas.

Y acodado en la borda de ese viejo navío,
con los ojos abiertos, sueña un joven sombrío.

Noches de luna llena, tardes de cielo gris;
pero a él sólo le importa que vuelve a su país,
y que siente en su rostro la huella de un ultraje
por aquel pasaporte con que emprendió su viaje.

Allá atrás, en la bruma, donde todo es lejano,
dejó en las nobles aulas los signos de su mano;

allá, donde la gente se asoma a las ventanas
sin ver nunca el desfile de las tropas haitianas.

Allá atrás, en la bruma, quedó tal vez un beso.
Tal vez. Pero a él le importa solamente el regreso.

Y qué más da la espuma que salpica la borda,
ni el golpe de las aguas con su música sorda,

ni el rayo que rubrica de pronto el firmamento,
ni el misterioso pacto del capitán y el viento.

Aquel joven regresa con los ojos seguros
de quien entra a una cárcel para romper los muros.

III LA CONSPIRACION

Gentil el porte, comedido el gesto,
con la alabanza justa para el arte,
en la mansión y en el hogar modesto
se escucha el nombre de Juan Pablo Duarte.

Y ese es Juan Pablo Duarte por afuera,
con su apostura y su palabra fina,
de calle en calle, como si no viera
un uniforme hostil en cada esquina.

Pero hay otro Juan Pablo que se afana
y que recorre cautelosamente
los callejones de la Atarazana
susurrando su prédica insurgente.

Y donde el más resuelto siente espanto
él va tranquilo, a cara descubierta,
y ante cada balcón entona un canto
mientras da una consigna en cada puerta.

Es para todos el doncel de damas,
a la mesa de pobres y de ricos,
que adorna con su firma los programas
y el varillaje de los abanicos.

Es el mismo galán de diestra mano
que ofrece rimas a la par que flores,
y aprende a usar, en el cuartel haitiano,
las propias armas de los invasores.

Y aunque hay cierto rumor de cierta fecha
y cierta intriga revolucionaria,
Desgrotte, el negro astuto, no sospecha
quién es el jefe de "La Trinitaria".

Ya Juan Pablo es el guía,
el hermano de todos y el maestro también;
y mientras pasa el viento por la calle vacía
hay un fulgor de estrellas en el viejo almacén.

Ya está próximo el día
de la sangre y el fuego contra la iniquidad;
ya se fijó la fecha para la rebeldía,
para gritar de pronto: " ¡Dios, Patria y Libertad! "

Pero llegó primero
la patrulla nocturna contra el conspirador,
contra aquel que ocultaba su firmeza de acero
con una intrascendente frivolidad de flor.

Descubierta la trama,
deshecha a culatazos la puerta de su hogar,
Juan Pablo, en un navío que zarpa del Ozama,
enfrenta nuevamente su corazón y el mar.

Allá, en las brumas de lejano puerto,
loco Simbad, desesperado ausente,
se le enlutan los ojos por el padre que ha muerto
con su nombre en los labios, sin su beso en la frente.

Y hay sangre de la patria en esa herida;
y aunque la vida solamente es una,
aquel que por su patria quisiera dar la vida
da algo más que la vida cuando da su fortuna.

Y, al darla, con igual desprendimiento
la dan los suyos, como les ordena;
y es pólvora abnegada para inflamar el viento
y volar en pedazos la infamante cadena.

IV
1844

Muy pocos saben cuándo. Muy pocos saben dónde.
Y al fin resuena el grito de la Puerta del Conde.

El nombre de Juan Pablo brilla como una estrella
en la espada de Sánchez y el tabuco de Mella.

No importa que esté lejos, como la lejanía
cálida y esplendente del sol de cada día.

Y él impulsa las manos con sus manos lejanas
desplegando banderas, repicando campanas.

Y allí está todavía: Las piedras del Baluarte
repiten con un eco sin fin: “Juan Pablo Duarte”.

Ya va a llegar. La multitud lo espera
y en un aplauso unánime lo aclama.
Y allí está la bandera, su bandera,
con el color del cielo y de la llama.

Y allí está él, sin comprender acaso
la magnitud triunfal de aquel tributo,
de aquel obispo de solemne paso,
de sus hermanas sonriendo el luto.

Así llega, sin prisa y sin demora,
con su voz suavemente autoritaria;
y desde aquel instante nadie ignora
quién era el jefe de “La Trinitaria”.

Ahora son realidades las quimeras
en el latido de los corazones,
y se cubren de rosas las aceras
y se engalanan todos los balcones.

No es sólo el Padre de la Patria: Ahora
será el más joven general que existe,
un general que ante su madre llora,
un general con la mirada triste.

La Patria es libre. Pero todavía
se alarga amenazante en la frontera
el último estertor de la agonía
y el último zarpazo de la fiera.

Y allá va el general, pero va en vano,
pues regresa sin triunfo y sin derrota,
con la amargura de extender la mano
hacia el reflejo de una estrella rota.

Y es que en la oscuridad, al ras del suelo,
ante aquel resplandor que lo acompaña,
tiende su lazo hipócrita el recelo
y la envidia su innoble telaraña.

Alguien ha dicho: "Presidente, Duarte".
Alguien repite: "Duarte, Presidente".
Y eso es ya suficiente para odiarte,
pobre Juan Pablo Duarte, es suficiente.

Y ya amasan el lodo que mancilla,
secretamente, en su traición villana,
la mano desleal de Bobadilla
y el despótico puño de Santana.

Llegó tu hora, General Juan Pablo:
Aquí está el cáliz negro; bébelo gota a gota.
Resígnate a tu suerte, para que goce el Diabolo
viendo que te encarcela un compatriota.

Vete a soñar tus sueños por países distantes;
vé donde nadie sepa si camina en tus pies
el Padre de la Patria, como seis meses antes,
o el Traidor a la Patria de seis meses después.

V EL EXILIO

El mar, de nuevo el mar, y luego el río,
el terrible Orinoco interminable,
como una religión para el impío,
como una redención para el culpable.

Fauces de horror en la fangosa playa,
zarpa esperando en la intrincada selva,
fiebre mortal para que nadie vaya,
y, si alguien fue, para que nadie vuelva.

Murciélagos de pérfida sangría
o viscoso dogal de las serpientes;
agua turbia en que acecha noche y día
el minúsculo pez de enormes dientes.

Tribus de carne cruda y torpe idioma,
mujer común del que la vio primero,
extrañas flores de funesto aroma
y una lluvia fatal de enero a enero.

Horrendas noches con hogueras tristes,
con los pumas en diálogos huraños.
Y nadie sabe cómo lo resistes
por tantas noches y por tantos años...

Allá va el Río Negro, rodando hacia el olvido,
como las añoranzas del Gran Desconocido.

Allá va, con el lento rumor de su corriente,
que parece el responso del General Ausente.

Allá va, porque el agua no recuerda el pasado,
y se muere por dentro como el Gran Desterrado.

Allá va el Río Negro, que se da y se reparte
con las manos vacías, como Juan Pablo Duarte...

VI

1864

Y de repente, como a los reflejos
de un brusco sol en medio de la sombra,
sueña que alguien lo llama desde lejos,
que todavía hay alguien que lo nombra.

Hecha jirones la bandera extraña,
ahora flota de nuevo su bandera,
nunca más la de Haití ni la de España,
sino la única suya y verdadera.

Y el mar, el mar de nuevo, con espumas de nardo,
el mar que no envejece como la juventud,
como la gallardía del general gallardo
que es ya un desconocido para la multitud.

Juan Pablo Duarte ha vuelto. —“¿Quién es Juan Pablo Duarte?”

Ya están rotos los puentes entre el ayer y el hoy,
y Dios está muy lejos o mira hacia otra parte
cuando un anciano dice, simplemente: “Aquí estoy”.

Ya han muerto sus amigos. ¿Para qué volvería?
Nadie aclama su nombre. Nadie sabe quién es.
Y un gesto indiferente puede herirnos un día
como puede humillarnos una frase cortés.

Aquel que lo dio todo, febrero 27,
ya perdió la esperanza: nada le queda ya.
Y hay una voz ambigua que le aconseja: "Véte".
Y él baja la cabeza, tristemente, y se va.

VII CARACAS. 1876.

Viejas calles nocturnas, tapias de enredaderas,
parques para los niños, rejas para el doncel.
Y hay un hombre vencido que va por las aceras
recordando una patria que lo ha olvidado a él.

Allá, en su hogar humilde, sin la humilde alegría
de quien mece una cuna, de quien riega una flor,
sólo tiene un hermano con el alma vacía
y dos hermanas tristes viviendo sin amor.

Ya lo han perdido todo. Pero no hay un reproche
por el feliz pasado ni el hosco porvenir.
Y él no le dice a nadie lo que piensa de noche,
ni dice lo que sueña cuando logra dormir.

Lentas lluvias de otoño, muriendo a su manera,
sin fragancia de rosas ni sombra de laurel;
y la tos por las tardes, al derretir la cera
que en sus manos de santo recupera la miel.

Y, al fin, silencio y frío,
frío y silencio de la ingratitud,
y nada más que un poco de rocío
y cuatro tablas para el ataúd.

Tuvo la sed sagrada
de la justicia y se murió de sed,
con un golpe de mar en la mirada
y un viejo crucifijo en la pared.

Al morir sonreía
como quien cuenta un cuento sin final,
como muere la tarde de otro día
en el agua de un pozo de cristal.

Murió de muerte entera,
como quien cumple el último deber,
o como si de pronto amaneciera
y nunca más volviera a anochecer...

VIII
LA RESURRECCION

Es necesario, a veces, ver un cauce vacío,
para saber entonces qué profundo era el río.

Una lámpara, a veces, cuando deja de arder,
nos recuerda en la noche cuánto brillaba ayer.

Y a veces, ante un árbol con las ramas felices,
nadie piensa en la oscura labor de las raíces.

Pero también hay hombres que, de alguna manera,
saben nacer por dentro cuando mueren por fuera;

como hay pueblos, a veces, que salen al encuentro
de alguno de esos hombres que renacen por dentro,

y a veces hay quien muere de tanto darse en vida,
y un pueblo que lo ignora parece que lo olvida.

VIII

LA RESURRECCION

Hubo un hombre muriéndose de frío
que echó raíces en el desamparo;
pero era un hombre con rumor de río,
que convirtió su lámpara en un faro.

Y fue como una estrella que fulgura
lentamente en la sombra, lentamente,
como un árbol se adueña de la altura,
como forma su cauce una corriente.

Y su pueblo, ante aquel desconocido
que sangraba en la cruz de la bandera,
oyó su voz llegando del olvido
y por segunda vez supo quién era.

Alguien dijo de nuevo: "Es nuestro guía".
Alguien volvió a decir: "Que Dios te guarde".
Y aquel hombre fue un sol que amanecía,
pues para el sol que muere cada día
nunca amanece demasiado tarde.

IX

EL REGRESO. 1884.

De nuevo el mar, Juan Pablo, y el gentío en el puerto,
y las mismas campanas de aquel remoto ayer:
Ya nadie ha de enviarte, porque regresas muerto;
ya nadie ha de temerte, pues vuelves sin volver.

Todavía habrá un odio con la saliva amarga;
todavía, en la sombra, se emboscará un rencor;
pero saldrás ileso de la postrer descarga,
con cada plomo injusto convirtiéndose en flor.

Y al fin serás la aurora de una noche sombría,
la bandera de todos en tu mano leal,
con tus ojos insomnes hacia la lejanía
y un pueblo sin cadenas ante tu pedestal.

X
LA ESTATUA

Ya estás de pie en el tiempo, con tu mirada pura,
detenido en el mármol que crece en tu estatura.

Estás de pie en el tiempo, frente a la eternidad,
como el viento y la lluvia, que no tienen edad.

Yo sé que perdonaste, porque, para el perdón,
hasta dentro del mármol te sobra corazón.

Y ahora son tus dos fechas, padre dominicano,
las dos fechas de un hombre que no ha vivido en vano.

Y adivino en tus ojos, ante tu monumento,
lo que ignora la lluvia, lo que no dice el viento;
pues tú, más que el anciano que al morir te bendijo,
fuiste el padre de todos, sin tener nunca un hijo.

General de la aurora: con el paso seguro,
tu pueblo de hombres libres avanza hacia el futuro;

y, estremeciendo estrellas en el confín lejano,
la antorcha de tus sueños pasa de mano en mano.

Ya podrás, para siempre, sentirte satisfecho
de haber envejecido sin compartir tu lecho,

pues te rejuvenecen los años sin olvido
y la Patria es la esposa que lleva tu apellido.

Y así, de pie en el alba, gloriosamente así,
pasarás por el tiempo que no pasa por ti.

XI
EL CENTENARIO – 1976

Juan Pablo Duarte, general del viento:

Te estoy cantando para merecerte,
y canto que no hay muerte en una muerte
que resucita en otro nacimiento.

Y ante ti, que te fuiste y no te has ido,
sólo ha de ser el canto del poeta
como el lento rumor de una carreta
por los cañaverales del olvido.

Y tú estarás de pie, limpia la frente,
luminoso en la luz, Juan Pablo Duarte,
pero no lejos, en un mundo aparte,
sino como uno más entre tu gente.

Así estás, primavera de otro modo,
plenitud germinal que no descansa,
así, de pie, con tu sonrisa mansa,
con tu ademán de bendecirlo todo.

Y ante tu bendición todo florece,
con su fe simple y su virtud sencilla,
como crece por dentro la semilla
sin saber que es semilla ni que crece.

General de la pena que se calla,
cristianamente pobre en el camino;
general del pupitre campesino
que es tu más noble campo de batalla.

Yo estoy contigo, apóstol trinitario;
yo, que tengo de luto mi bandera,
y te ofrezco un laurel, a mi manera,
para la gloria de tu Centenario.

Y para ser igual que el campanero,
que repica lo triste y lo entusiasta,
con mi 20 de mayo a media asta
canto tu 27 de febrero.

Y canto la alegría de cantarte
bajo este cielo tuyo y casi mío,
general de la lluvia y del rocío,
hermano de Martí, Juan Pablo Duarte!

JOSE ANGEL BUESA